

JULIO VALDEÓN
BLANCO

VERÓNICA

algaida



Primera edición: octubre, 2008

© Julio Valdeón Blanco, 2008
© Algaida Editores, 2008
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-125-1
Depósito legal: M-42789-2008
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A mi padre

Ahora es demasiado tarde, Princesa.

JOAQUÍN SABINA

Háblame en la cama, dime pequeñeces.

MARÍA JIMÉNEZ

SOY UN HIJO DE PUTA, PERO SI PELLIZCAS MIS LABIOS LE doy candela al corazón. Jugamos en un cuarto, los besos pájaros enredados, hojas de palmera, banderas podridas. Soy un hijo de puta el noventa por ciento de la semana, peleo con sombras, defendiendo mi reino cochambroso, capullito pelado con el cerebro adormecido. Verónica, mastico tu nombre, y tus labios laten con malicia. Soy, te lo digo, un hijo de puta. Sabes cuánto duele y cómo me esfuerzo.

Cuando llorar no es suficiente recompondrás las piezas.

Di que me amas, dilo otra vez, dilo o, mejor, despega hacia la estratosfera, despliega máscaras con abrasiones de saliva, la mascarada de nuestro amor suicida.

Fallé.

Lo sé y lo siento.

Mi propia voz en *off* repite palabras, y si te vas me arrolla el frío, un coche cruje mi costillar y mi corbata, abrazado a los peces nocturnos con los ojos abiertos que

copulan unos sobre otros en la profundidad azul petróleo del mar de los sargazos, y bebo coca-cola entre tus muslos, escapo del tenedor eléctrico y esnifo cadaverina.

Somos viajeros siderales en un cuarto con vistas al desagüe, un animal hambriento en nuestra habitación secreta.

Lejos de tu boca, nena, soy, lo sé, un chucho acobardado, condenado a estar solo, medio muerto o medio vivo, y discretamente, poco a poco, meto la mano entre tus bragas, experimento tu carne nómada, solo y contigo, encolado, encoñado, encamado a tu clítoris como una bala de plata rosa.

Solo contigo, solo por ti, ya mereció la pena.

CORRO TRAS LAS MUCHACHAS, SUEÑO CON ELLAS, FANTASEO, y ellas, a veces, a ratos, se dan por aludidas, aletean los párpados o abren sus coños media hora. Llevo la mecanografía de la muerte entre los dedos, y eso da miedo, asusta.

En realidad camino tras fantasmas. Fuego, humo y cenizas van conmigo.

Trabajo para rehabilitarme.

No funcionan las terapias televisivas, el club del vino al que mi esposa y yo nos suscribimos. Tampoco rula la casa rural de todos los veranos. Más bien las soluciones me dejan tirado. Consumido por recuerdos de tipo compulsivo. Tratando de descifrar los códigos, las señales que llegan del espacio exterior.

Tengo treinta y dos años. Ejercicio de lila. Marco paquete cuando toca y alterno la charanga flamenca con el catecismo siglo XXI. ¿El trabajo? Bien, mal, yo qué cojones sé. Otros de mi generación larvan terrores recalentados.

dos en la probeta de un curro aniquilador. Yo disfruto con lo mío, pongo el cazo, lloro, bueno, llorar no porque tengo tieso el lacrimal del alma y ya solo la polla, a ratos, se me abre como un gladiolo enhiesto, con la malicia de todos estos años y el cansacio acumulado de tu ausencia. Soy la flor de la datura en la patria del zombi, pero al cabo me lo monté mejor que muchos. Soy poco más que un signo semiótico, garabateado en un muro, y la luz tornasolada de tu risa, Verónica, me acompaña cuando a pesar de halagos, moscas y bostezos ejerzo de aguador de mí mismo, siempre con el agua seca y turbia de mi pasado y mi no futuro auestas, como un niño de Darfur que busca agua en el pozo mientras los cañones de los chacales, los chacales con cañones, le apuntan entre las pelotas.

Diseñador gráfico, sí, menuda mierda. Antes de que la familia de mi mujer nos ayudara, tiraba dibujando logos para fiestas *techno*, portadas de discos chungos, manuales de supermercado. Me lo hice con las instituciones, que aquí las instituciones subvencionan cualquier chorrada y ayudan a capear facturas con fondos reservados y fundaciones venéreas, y así fui creciendo, vendiendo, cambalacheando cromos por estampitas, jorobados por tullidos, basura por panoja, en el zócalo donde compramos y vendemos piojosas deyecciones pseudoculturales. Acojonados por el futuro de su hija, recelosos ante mis aptitudes, los suegros soltaron la mosca. Recibimos el primer cheque. Lo canjeé por mis huevos.

Financiaron la apertura del estudio, los materiales técnicos, la hipoteca del local. Llegaron los primeros tra-

bajos. Nos han protegido porque creyeron que nuestra historia sería desdichada. Colecciono encargos y hago de mercenario, carteles para romerías, toros, vírgenes y fuegos artificiales, etc. Gano lo suficiente, bastante diría yo. Paso y pasto y vivo bajo el plumón de mi familia política, de la herencia de mi esposa, y con el trabajo y la televisión de plasma compro autoestima.

El próximo año Ana María y yo, adoptaremos un bebé, ucraniano o ruso, aún no lo sabemos, caucásico desde luego, de algún orfanato con niños atados al cabecero de la cama y vómitos por el pasillo, en un viaje de ida y vuelta para costearnos la caridad y el lujo de ensayar otra vida a golpe bancario, trámite burocrático y fotografía feliz de padres dichosos con su criatura en brazos. A Ana María le horroriza la idea de exponer al niño a un trauma xenóforo, sostienen que los niños rubios son siempre mejor admitidos por sus congéneres, que en España, mal que bien, los rusos, que ya no son comunistas y le rezan mucho a las cien mil Vírgenes del santoral ortodoxo, quedan mejor, lucen bien en los colegios, mientras que si fichas a un niño negro, incluso indio, corres el peligro de que lo inflen a hostias en el patio. Tampoco es cuestión de ir liquidando el viejo racismo eurocentrista con nuestro propio hijo, héroes vicarios que ceden al retoño para que ejerza de ariete socialdemócrata y buen rollista, coleccionando guantazos en nombre del progreso.

Para mí que exagera.

Ana María disfruta poniéndole pimienta a la ensalada y tábanos al desayuno, y eso que los amigos coinciden

en que no conserva secuelas del accidente, lo suyo será cuestión de carácter, especulan, los genes, el bulbo reptiliano, más acendrado y violento de lo normal, como lleno de púas y colmillos, y además claro, está la culpa, incuestionable. La culpa, una culpa auténtica, maciza, gorda como una hez de perro deslizándose colina abajo, quizá sea nuestra única coartada. Algunos días practicamos el *swinging*, intercambio de parejas, en nuestro chalet o en el de los vecinos. Prefiero follarme a mi esposa que a mi vecina, pero escuchar sus gritos, pared con pared, mientras el otro, el calvo que trabaja en una empresa informática, la enhebra con su flauta superdotada, estimula mis sentidos. No restituye el amor, pero limpia algo de mugre, igual que los trapos levantan polvo para que nosotros, extasiados ante un ocaso de partículas elementales que reverberan suspendidas en el aire, creamos todavía en el milagro.

Por lo demás mis fantasías no son picantes, antes bien morbosas, de un morbo pesado, obscuro, que poco a poco vomitaré en este cuaderno, páginas en crecimiento moroso que gotean veneno, un porvenir finalmente, pasado y futuro juntos, enredado en el jardín tipográfico de letras como hachas y flujos irisados, negros, sanguinolentos, torpes.

Imagino que los psiquiatras y psicólogos, consejeros matrimoniales y trabajadores sociales diagnosticarán melancolía maniaco-depresiva, narcisismo, depresión. Sus diagnósticos quizá agujeeen otras libidos. Supongo, en fin, que largarían babosos acerca de anhelos caducos. Mi necrofilia atenuada les resultaría digna de un convicto por genocidio.

No necesito jergas ni análisis, batas blancas, doctores, sino escribir estas páginas. Explicarme y explicar el mundo a través de un alfabeto mareado, silabeando hasta encontrar mi melodía.